

obra, la versión de cómo verían aquel suceso en una película de Hollywood: los niños se arrepienten y son perdonados por la bondadosa justicia; abandonan el penal y se dedican al trabajo intenso para casarse y ser felices mientras un *gran finale* en technicolor y bailes de revista musical de los cuarentas los rodea. No será esta pieza la mejor de Carballido, pero es una magnífica pieza, como todas las suyas.

23 de abril de 1966

QUIÉNES SON LOS QUE HABLAN DE LA ROSA

En la deliciosa obra teatral de Emilio Carballido titulada *Yo también hablo de la rosa* y que se representa en el Teatro Jiménez Rueda, el lugar de honor de la puesta en escena debe dársele con toda justicia al director Dagoberto Guillaumin, que logró escenas de una plasticidad muy hermosa y comprendió a fondo los motivos que tuvo el autor al escribirla. La escena del siquiatra y del líder socialista son realmente extraordinarias en su dirección, lo mismo que la “apoteosis” final. No cabe duda que Guillaumin con esta rosa se sacó la espina de aquel *Troilo y Cre-sida* de infeliz memoria por haber sido un experimento fallido.

Entre los actores, la mayor parte muchachos de esta nueva generación de actores que tanto promete, sobresale de manera notable Angelina Peláez, una muchachita a la que no recordamos haber visto antes y que demuestra ser una excelente actriz. El personaje que interpreta, la niña pobre que por irse de “pinta” con un niño más pobre que ella, descarrila un tren y se ve envuelta en un terrible conflicto social, es un personaje complejo, lleno de complicaciones difíciles, y sin embargo, Angelina sale avante con una gran dignidad de joven actriz. Lo mismo cuando es la niña que brinca por las banquetas, que cuando es la jovencita llena de complejos que quiere el siquiatra, o la vengadora obrera que imagina el líder socialista, o la “Ginger Rogers” de la escena final, en todos estos cambios Angelina Peláez esta muy bien, tan bien, que no dudaríamos en recomendarla a los señores cronistas

de teatro para que le sea adjudicado el premio a fin de año como la revelación teatral. Algo muy similar puede decirse de su compañero de aventuras, José Alonso, quien sabe proyectar de una manera magistral toda la ternura desvalida que requiere su personaje.

Felio Eliel es el muchacho bueno, trabajador, honesto, que nunca falta en las obras o películas que Carballido satiriza y comprendió perfectamente su papel. Sergio Jiménez se muestra un buen actor genérico (si es que aún es válido el término), mientras que Socorro Avelar, quien es verdad que tiene el "hueso" de la obra, está demasiado consciente de su bella voz y se engolosina con ella sin reparar en matices. Sin embargo, cumple con su papel de narradora, o profetisa, o bruja, que el director le encomendó. El resto del reparto, todo él formado por jóvenes actores, se desenvuelve bien y hace que la pieza tenga la validez necesaria. La coreografía de la maestra Guillermina Bravo es muy hermosa, sobre todo en el cuadro de "*los dos que soñaron*", en donde los bailarines Carlos Gaona y José Mata hacen toda una creación. Y la música de Rafael Elizondo muy adecuada al tono un tanto irreal que tiene la obra en algunos momentos. Guillermo Barclay diseñó una escenografía que no sólo ambienta, sino que es digna de admiración por el ingenio de su autor.

En síntesis, que este "amago de la humana arquitectura", como dice el epígrafe de Sor Juana Inés de la Cruz que Carballido puso en su obra, es un espectáculo sumamente interesante y valioso que debe verse y aplaudirse. El Teatro Jiménez Rueda puede estar orgulloso de su repertorio desde su inauguración hace muy poco tiempo, y todos los amantes del teatro esperamos que así siga.

24 de abril de 1966

¿QUÉ PASA CON EL TEATRO?

Estimable empeño el del Instituto Cultural Mexicano Israelí al invitar a un grupo de personas relacionadas de uno y otro modo